

Psicología. Tres lecturas

Los tres comentarios agrupados en esta *Nota*, aunque escritos de manera independiente y motivados por el interés de las propias obras, acaban ofreciendo una muestra de tres formas de entender y hacer hoy psicología.

La publicación del *Tratado de Psicología General*, dirigido por Juan Mayor y José Luis Pinillos, constituye todo un acontecimiento en la literatura psicológica española. Una obra de esta envergadura, en la que participará un número muy importante de profesores universitarios de psicología, no se había intentado hasta ahora entre nosotros. Además de ofrecer un panorama del estado actual de la psicología, va a permitir tomarle el pulso y calibrar la marcha de los estudios psicológicos en este país. Será, pues, una versión de la situación actual de la psicología. Lo será también, y en buena medida, de la psicología que aquí se hace y, si se me apura, de la que aquí domina. Con sus opciones más o menos implícitas, sus limitaciones y su preferencias. En cualquier caso, será, es un texto importante.

Casi a modo de contrapunto, las dos lecturas siguientes nos trasladan al ámbito de las psicologías probablemente más difundidas en la sociedad y que, a lo que se ve, no tendrán mucha cabida en el *Tratado*. Pero esta coincidencia ha sido ocasional. El narcisismo es un tema de moda y el libro de Anatrella se arriesga a tomar frente a

él una posición muy crítica, arrancando de su experiencia clínica y prolongando su reflexión sobre la condición de las relaciones sociales. Visto así, el interés de este libro excede con mucho de meras preocupaciones psicológicas o educativas.

La obra de Quitmann ha tenido para mí un interés concreto. La psicología humanista se nutrió inicialmente de la filosofía y psicología europeas, sobre todo alemanas. Filtradas de modo muy libre y sometidas a metamorfosis que, a veces, las hacen irreconocibles. Quitmann evalúa esta recepción y, de vuelta, la de la propia psicología humanista en Europa. «Tercera fuerza», como quisieron sus promotores, o especie de movimiento-escuela-cosmovisión-gnosis a la vez y según, a juicio de sus críticos, el tiempo transcurrido desde la eclosión entusiasta de la psicología humanista hasta hoy permite valorarla, en la lejanía de la distancia, de manera más serena.

1. UN NUEVO TRATADO DE PSICOLOGIA GENERAL ¹

No faltan en castellano manuales de psicología, más o menos amplios, escritos por psicólogos españoles. Ninguno, sin embargo, puede compararse, en extensión y envergadura, al que la Editorial Alhambra ha comenzado a publicar: doce tomos previstos, de los que hasta ahora tres han llegado a la redacción de la Revista, cuyo contenido intento presentar. Indiquemos antes, para evitar repeti-

¹ Juan Mayor y José Luis Pinillos (Drs.), *Tratado de psicología General* (Editorial Alhambra, Madrid 1989): Tomo I: Jaume Arnau y Heliodoro Carpintero (Coords.), *Historia, teoría y método*, XIV-696 pp., 24 x 17 cms.; Tomo II: Ramón Bayes y José Luis Pinillos (Coords.), *Aprendizaje y condicionamiento*, XII-510 pp., 24 x 17 cms.; Tomo III: Elena Ibáñez y Vicente Pelechano (Coords.), *Personalidad*, VIII-344 pp., 24 x 17 cms.

ciones, las que parecen ser características comunes a toda la obra, a juzgar por los volúmenes disponibles.

Como en el caso de otros tratados de psicología conocidos², el propósito del presente es recoger el estado actual de las cuestiones que, de manera más o menos convencional, se asignan a la psicología general. La especialización y extensión de los estudios psicológicos hacen impensable que una empresa con estas aspiraciones y de tales dimensiones pueda ser llevada a término por un solo autor. Los coordinadores han optado por asignar cada uno de los 150 capítulos previstos a otros tantos autores (individuales o en equipo). Con la evidente ventaja de poder ofrecer en cada caso con más facilidad una información especializada y de primera mano de los temas. Con el riesgo, también, de solapamientos, reiteraciones y faltas de ajuste; y, sobre todo, con peligro de convertir las colaboraciones en una serie de monografías yuxtapuestas. A juzgar por los tres tomos que han venido a nuestras manos, este riesgo se salva de manera desigual en cada caso. La obra carece de introducción alguna. No se explican, pues, los criterios seguidos en la selección de los temas y al lector le toca articular por su cuenta el contenido de las distintas colaboraciones. Al término de su lectura, pienso que una introducción de estas características por parte de los coordinadores de cada volumen facilitaría al usuario la empresa no ya de leer sino de integrar los datos. Hasta no disponer del conjunto de la obra, no cabe adelantar una valoración sobre la justeza de las selecciones, el equilibrio global en el tratamiento de los temas y la calidad, en suma, de la empresa. Por otra parte, cada capítulo va acompañado de su correspondiente bibliografía. Los indi-

2 Por ejemplo, entre los traducidos al castellano: Paul Fraisse y Jean Piaget, *Tratado de psicología experimental* (Editorial Paidós, Buenos Aires) en nueve volúmenes; B. B. Wolman, *Manual de Psicología general* (Ediciones Martínez Roca, Barcelona) en cuatro volúmenes; Leonardo Ancona, *Enciclopedia temática de psicología* (Editorial Herder, Barcelona) en dos tomos.

ces, de autores y analítico de materias, que cierran cada tomo, sirven eficazmente para orientar en el estudio de conjunto.

Tal como se presenta, este voluminoso *Tratado* aspira a ofrecer, y cuando esté concluido ofrecerá sin duda el estado actual de la psicología. Lo que, desde otra perspectiva, se puede considerar como muestra representativa de la psicología que actualmente se investiga, se hace o se puede hacer en gran parte de la Universidad española. En todo caso, muy probablemente, será un texto de referencia para el estudio de la psicología durante los próximos años.

1. El primer tomo, como no podía ser de otra manera, se dedica a dar un repaso a la *historia* y a discutir los problemas de *método* y orientación de la psicología. Hace ya tiempo, afirmó S. Koch que «la psicología ha sido una ciencia única por el hecho de que su institucionalización precedió a sus contenidos y sus métodos precedieron a sus problemas». De ahí que las discusiones metodológicas y epistemológicas acompañen a la psicología desde su nacimiento, con todos los síntomas de convertirse en un mal crónico. ¿Cuál es el estado actual de estas cuestiones? Una amplia y doble introducción, de J. Mayor y J. Pérez, y de M. Yela, más analítica y extensa la primera, más comprensiva la segunda, se ocupan del problema de la unidad y diversidad de la psicología y de las vías, más intuitivas (¿o deseadas?) que garantizadas, de una posible integración. «La esencial tensión entre la unidad y la diversidad (...) parece ser el rasgo más característico de la historia de la psicología y de la situación actual» (p. 60). Y Yela, por su parte: «...la unidad de la ciencia psicológica es posible. Si sabremos alcanzarla y cómo y cuándo, el futuro lo dirá: *ai posteri l'ardua sentenza*» (p. 87).

La parte central y más extensa (pp. 91-416) se consagra a la historia de la psicología. Imposible ofrecer un resumen detallado y mucho menos entrar en valoraciones concretas. Un primer capítulo, firmado por E. Delgado Pé-

rez (pp. 95-132), presenta una síntesis de la psicología filosófica desde Aristóteles a la época de Wundt. A partir de ahí, la presentación discurre haciendo un recorrido de lo que habitualmente se conoce como escuelas de psicología: estructuralismo (con un tratamiento que hace justicia a Wundt) y funcionalismo, las escuelas de psicología profunda, las psicologías objetivas, la psicología soviética, la Gestalt, los neoconductismos y la psicología contemporánea. Uno puede echar de menos (o de más) aquí o allá algunas lagunas y ausencias. Me parece que limitar el estudio del psicoanálisis a Freud, Jung y Adler es lo más convencional y manido pero no lo más orientador ni exacto (sin mencionar el silencio sobre la evolución posterior del psicoanálisis). La psicología soviética se ve reducida, aparte la reflexología de Paulov, a Vygotski y Luria. Brentano y Husserl son citados a lo largo de todo el volumen una docena de veces cada uno, pero la fenomenología no parece tratada con justicia en esta parte. Tras un resumen cronológico y unos cuadros sinópticos (en que, por cierto, se señala la psicología humanista como una de las escuelas), vienen dos capítulos sobre la psicología en España y en Iberoamérica. Concluye esta sección con un amplio e interesante estudio sobre la comunicación científica en psicología (pp. 391-416).

La última parte, *Teoría y método* (pp. 417-669), aborda en cinco amplios capítulos los problemas metodológicos y epistemológicos. La situación contemplada en la introducción vuelve a plantearse aquí, esta vez vista desde la vertiente metodológica. El estudio de J. Mayor (pp. 419-504), amplio y equilibrado, se corresponde con la introducción: del reduccionismo que intentó domesticar el «signo babélico» (Pinillos) de la nueva psicología, hemos pasado a un pluralismo metodológico.

Los capítulos siguientes pueden considerarse como estudios de aspectos concretos del método en psicología: explicación y causalidad, modelos y teorías, metodología

de la investigación y diseño, y el metaanálisis como alternativa metodológica a las revisiones tradicionales de la investigación. Todos ellos presentados con rigor. Me ha resultado especialmente interesante (aunque también es el que más interrogantes suscita) el estudio de R. Moreno sobre explicación y causalidad.

2. El tomo II, dedicado al estudio del *aprendizaje* y del *condicionamiento*, presenta una unidad compacta. El carácter «clásico» del tema y el amplio desarrollo alcanzado como orientación dominante en psicología durante años han cristalizado en una temática que, a juzgar por el índice de este volumen, no parece experimentar más cambios que los producidos por extensión a nuevas aplicaciones.

El primer capítulo, de E. Ribes (UNAM), ofrece un análisis histórico y conceptual de las teorías del aprendizaje. El estudio de su evolución histórica y del estatuto de las teorías le llevan a constatar importantes errores conceptuales. Y, aunque las formulaciones actuales son más restringidas que las tradicionales (se trata de microteorías), a juicio del autor «comparten las mismas distorsiones categoriales», ya que «la matriz conceptual en la que se ubican las viejas y nuevas teorías permanece constante» (p. 23). Con este capítulo introductorio guarda relación la última colaboración del volumen, *Aprender y entender*, de J. L. Pinillos. La perspectiva de Pinillos es más amplia, y se refiere al sentido y riesgos del reduccionismo mecanicista sufrido por la psicología científica.

Entre estas dos aportaciones, en conjunto muy críticas, se sitúa la exposición de los temas clásicos del aprendizaje: comportamiento reflejo, condicionamiento clásico, condicionamiento instrumental (apetitivo y aversivo), indefensión aprendida, aprendizaje vicario, condicionamiento y procesos cognitivos, aprendizaje perceptivo, motor y de sistemas biológicos de respuesta. La impresión es desigual. No por el tratamiento de los temas, en conjunto

bastante «consistente» y aceptablemente riguroso, sino por la sensación de estancamiento que muchos de ellos producen. Un síntoma claro es el considerable envejecimiento de la bibliografía: en cinco capítulos, las referencias bibliográficas posteriores a 1980 no alcanzan el 14%. Lo que parece indicar claramente una falta de actualidad, o que en muchos aspectos se ha llegado hace tiempo a un auténtico «impasse». En cambio, cuando se ha tratado de prolongar el estudio, en interacción con áreas cognitivas, biológicas, etc., los resultados presentan interés (cualquiera que sea la valoración que, en última instancia, se quiera hacer de estas aproximaciones). Tal es el caso de la indefensión aprendida, la relación entre condicionamiento y procesos cognitivos, el aprendizaje de sistemas biológicos de respuesta, los aprendizajes motor y vicario, o el mismo condicionamiento clásico. Todo parece confirmar la conclusión a que llega A. Ribes en el capítulo introductorio: «la teoría del aprendizaje constituye un sector delimitado de la teoría de la conducta... (y) debe basarse en el conocimiento de la teoría de la conducta, que es una auténtica teoría de proceso» (p. 25).

3. Por motivos circunstanciales he abordado el estudio del tomo IX sobre *Personalidad* con el mayor interés. Y, con una claridad paralela al interés que he puesto en su lectura, tengo que decir que me parece el menos logrado de los tres. No afirmo esto en relación a ninguna de las colaboraciones tomadas aisladamente, sino a la obra en su conjunto. Dicho brevemente, el defecto mayor de este volumen es, en mi opinión, la escasa integración de unos temas con otros. El riesgo apuntado al comienzo de convertir cada colaboración en una monografía independiente se hace notar aquí de manera muy clara. Lo que no deja de sorprender si se tiene en cuenta que la mayoría de los capítulos está al cargo de profesores de una misma Facultad (Univ. de Valencia). Una introducción en que se

trataran de manera específica los problemas epistemológicos, que reiteradamente afloran a lo largo del volumen, le habría hecho ganar en claridad, facilitado su lectura y ahorrado páginas. Y, sobre todo, los frecuentes solapamientos y reiteraciones se habrían podido corregir con una coordinación más eficaz.

Para no andarme por las nubes, desciendo a algunas indicaciones de detalle. Los estudios sobre el análisis procesual de la personalidad (pp. 83-140) y la psicología transcultural de la personalidad (pp. 141-168) me han parecido los mejor centrados, por cuanto se atienen desde el principio al tema. Pero la discusión sobre las teorías de los rasgos o dimensiones está presente, de manera repetitiva, a lo largo de toda la obra o casi (sobre todo, en los capítulos 1, 2 y 6). Los problemas de la constitución y crisis de las teorías de la personalidad constituyen otro motivo recurrente. Así en la larga introducción del capítulo sobre las alteraciones de la personalidad. Así el estudio sobre *Individuo, persona y personalidad* (pp. 241-63), que ofrece una interesante exploración aclaratoria sobre dichos conceptos y su situación en el seno de la psicología y que, por su carácter introductorio, parecería normal desplazar al comienzo de la obra. Así, finalmente, en la última colaboración, *Ejes de referencia y una propuesta temática* (pp. 265-329), de Vicente Pelechano. El capítulo ofrece, como cabía esperar, perspectivas interesantes. El autor arranca de una constatación diversamente valorada: el escepticismo que reina en relación a viejas teorías y la modestia epistémica en que se mueve la psicología actual y, dentro de ella, la psicología de la personalidad. Ofrece después una presentación del modelo paramétrico, apoyándose en gran parte en sus propios y anteriores estudios. Antes, y de nuevo, una larga disquisición sobre la historia y las crisis sucesivas de la psicología en general, y de la española en particular, cuya pertinencia, a pesar de las razones del autor (p. 268), no alcanzo a comprender.

Lo dicho no afecta, como ya he indicado, a las distintas colaboraciones tomadas aisladamente, sino al conjunto de la obra. Se podría, por supuesto, presentar alguna objeción a la reducción impuesta en cuanto a temas y orientaciones. Si todos los que están son, a la inversa no me parece tan claro. Más aún, sospecho al final de su lectura que la estrechez del marco elegido hace casi inevitables las reiteraciones. Pero esto es siempre una cuestión de opciones y los coordinadores han tomado, muy legítimamente, las suyas. Como auguro a este tomo, y a todos los de la serie, una larga vida, tiempo habrá para mejorarlo.

2. INTERMINABLES ADOLESCENCIAS³

Digámoslo desde el comienzo: la lectura de este libro me ha resultado enormemente estimulante. A pesar de algunas repeticiones, como si las piezas de que consta se hubieran construido aisladamente y unido sin ajustar del todo, la claridad con la que el autor presenta sus posiciones y el rigor en el análisis, a contracorriente en muchos casos, mantiene un interés creciente. Intentaré resumir el contenido esencial y lo más sobresaliente del diagnóstico que el autor ofrece.

El ciclo vital, cuyas características psicológicas se estudian aquí, alcanza, como indica el subtítulo, de los doce a los treinta años. Pero, en realidad, la perspectiva desde la que se aborda, que confiere unidad a toda la obra, es la constatación de la prolongación de la adolescencia y el reflejo de este fenómeno en su valoración por parte de nuestra sociedad. La introducción (pp. 7-20) y el capítulo 4

³ Tony Anatrella, *Interminables adolescences. Les 12/30 ans* (Éditions du Cerf-Éditions Cujas, Paris 1988) 222 pp., 21 x 13 cms.

(*La sociedad centrada en lo adolescente*, pp. 159-99) constituyen su parte esencial. Entre ambos, tres capítulos describen y analizan los procesos psíquicos de la pubertad, de la adolescencia y de la postadolescencia, respectivamente.

Hecho constatable: la adolescencia se prolonga cada día más y ejerce un mayor poder de atracción sobre jóvenes y adultos. A pesar de ser un dato reciente, ha dado lugar a una vida psíquica de creciente complejidad y a procesos de maduración más retardados. Y, paralelamente a su prolongación, cada vez afecta más por impregnación al mundo adulto, cuya identidad frente a la eclosión de la adolescencia presenta el autor como «gaseosa»: la inversión de los procesos de identificación nos coloca en una línea unigeneracional, en la que todos somos hermanos, colegas o compañeros y por la que todos nos situamos en la vida como grandes adolescentes. «Domina la indiferenciación y la inmadurez juvenil se prolonga tardíamente en el psiquismo del adulto sin que sea verdaderamente elaborada» (p. 18). ¿De qué modo este resultado se anuncia ya en etapas anteriores y puede estar propiciado por los modos de relación familiares, educativos o sociales? Los capítulos dedicados al estudio de los procesos psíquicos de la pubertad, adolescencia y postadolescencia, interpretados sobre el registro psicoanalítico, señalan algunas direcciones. Dejando de lado aspectos conocidos, y para no alargar en exceso esta nota, selecciono algunas afirmaciones que traducen la posición del autor.

En el *período de la pubertad* la relación de apoyo se revive de forma peculiar: no hay que romper prematuramente esta dependencia. «So pretexto de autonomía, muchos niños se han encontrado independientes, solos consigo mismos, sin poder apoyarse realmente en su familia y en su medio social» (p. 40). El problema es que, en muchos casos, «los niños no están en presencia de adultos sino de grandes niños que no aciertan a situarse y tienen miedo de ser padres o madres» (p. 26). Tampoco las expe-

riencias precoces ayudan en la incipiente integración afectiva y sexual: «el fantasma por sí mismo no crea nada, sólo el lenguaje simbolizado es capaz de ofrecer una producción social dinámica» (p. 42).

La *adolescencia* es más un trabajo de la vida psíquica que un período temporal concreto, si bien actualmente tiende a prolongarse. Todavía se producen cambios fisiológicos, pero lo importante es saber cómo se viven. Los procesos presentes en esta etapa (modificación de las imágenes parentales, reorganización del yo, relación realidad psíquica-mundo exterior y construcción de la identidad) suponen una reelaboración de la persona. Para favorecer el desarrollo necesitan de un medio sociocultural seguro, con puntos de referencia estables y coherentes, intereses culturales ricos y valores de identificación. Por otra parte, las relaciones en la adolescencia se viven en proximidad a sus fantasmas. Se trata más de probarse a sí mismos que de encontrar a nadie. Son relaciones de sustitución.

La *postadolescencia* es, por su alargamiento, un proceso psicológico relativamente nuevo que exige, por tanto, una nueva comprensión. No es, pues, el resultado de ningún fracaso. Lo que ocurre es que la prolongación de este período (de los 22-24 a los 30 años, aproximadamente) compromete el éxito de su principal tarea: articular la vida psíquica con el ambiente y reorientar todos los planos de la personalidad. Los riesgos más frecuentes vienen determinados por la falta de equilibrio. La necesidad de salvaguardar el componente narcisista se acompaña de un proceso impuesto de autolimitación. La sociedad actual ofrece pocas facilidades para dar el salto. «Lo real deprime» (p. 140). Y si hasta hace poco muchas conductas sociales evolucionaban hacia la neurosis obsesiva, hoy asistimos a un despliegue del núcleo psicótico: la relación se desarrolla sobre la moda del delirio civilizado, del sinsentido. «Edipo y su palabra no logran desalojar a Narciso y su afasia, ya que este último no puede acceder al lenguaje

y al sentido del símbolo» (p. 143). El carácter defensivo de esta orientación narcisista puede fijar al adolescente en su necesidad de protección: lo que el autor denomina el «protectorado». Se sigue dependiendo de los padres, sobre todo de la madre, «el temor a perder al otro vivenciado como objeto narcisista determina un verdadero parasitismo» (p. 147). O bien, el sentimiento de vacío subjetivo lleva a buscar situaciones relacionales para apoyarse en los demás como una especie de interioridad auxiliar y vicaria.

Llegados a este punto, los elementos que entran en juego para conformar una *adolescencia interminable* están ya mencionados. El cap. 4 (pp. 159-99) los resume de nuevo y presenta los rasgos y los riesgos de lo que denomina sociedad centrada en lo adolescente (*une société adolescentrique*). La adolescencia se ha convertido en la edad privilegiada y de referencia para las demás edades; los modelos de indentificación son también predominantemente adolescentes. Anatrella ve en el Sigfrido, de Wagner, un ejemplo sobre el que se inscriben muchos de los modelos actuales: fuerza física, naturismo, espontaneidad, hedonismo, dicha, denegación de las leyes, ambivalencia de la razón y los sentimientos, idea de omnipotencia, androginia... Sigfrido es un ser sin memoria, olvida porque el futuro es sólo el instante presente. En cierto modo vive un mundo de pensamiento delirante en una reconstrucción puramente subjetiva. Y el adolescente actual se parece a Sigfrido: la confusión de las imágenes masculinas y femeninas inhibe la adquisición de su identidad, y genera una ideología que niega cualquier diferencia en beneficio de una igualdad fantaseada. La adolescencia es pues el período de la expresión narcisista. Situación inicialmente positiva: al adolescente le resulta benéfica porque le protege de una desvalorización de su yo. Pero el riesgo es doble, en cuanto puede afectar a los propios adolescentes y a los adultos en su relación con ellos.

Por una parte, el narcisismo puede quedar fijado en una actitud defensiva. Ello explica la frecuencia de depresiones y el que las dificultades se presenten más sobre el registro psicótico que en el de la neurosis. La culpabilidad se ha desplazado de la sexualidad al funcionamiento psíquico básico. La vida afectiva muestra una empatía ambigua en relación a los demás: «me amo a través de ti». Este tipo de personalidad es tolerante a la angustia, pero la actividad narcisista da vueltas en el vacío y no elabora nada. Como además neutraliza los procesos de identificación, camina hacia el conformismo con grupos y modas. Y así el narcisismo acaba en una paradoja: ser como los demás, como todo el mundo, encontrarse en los otros para conjurar la incapacidad de devenir uno mismo. Es más una defensa que una afirmación del yo.

Pero, por otra parte, se puede convertir en un estilo de vida al que uno se acoge. De hecho la relación juvenil con el tiempo ha sido transferida como rasgo a los adultos. La adolescencia deja así de ser una etapa de la vida para convertirse en un estado en el que el hombre se instala para no salir de él. Los procesos de identificación se han invertido: los adultos imitan a los jóvenes. Como esto no es posible prolongarlo sin que la relación con lo real se vea alterada, de la euforia juvenilizante del cincuentón se pasa a la depresión enmascarada. La confusión llega al colmo cuando se transgreden sin límite las diferencias generacionales: la relación se vicia y se hace cómplice de un amor de tipo incestuoso sin valor iniciático y sin futuro. La relación familiar y educativa acusa con frecuencia esta situación. Más aún: los adolescentes acaban pervirtiendo a los adultos. La relación educativa se hace seducción. Y el igualitarismo psicológico camina en la misma dirección, sobre todo cuando se considera al adolescente un *partenaire* que puede resolver los problemas del adulto. «Una sociedad que se desea fraterna porque en ella ya no hay padres e hijos sino hermanos y compañeros se hace pro-

gresivamente perversa. Ya no estamos en el orden de la cooperación entre generaciones, sino en un movimiento de denegación de la madurez» (p. 197).

Agradecemos al autor la valentía de ir a contracorriente. Y, sobre todo, el fundamentar su toma de posición en una reflexión lúcida y sin concesiones a la galería, en la que se traduce además su amplia experiencia como psicoterapeuta con adolescentes e investigador reconocido de la adolescencia y postadolescencia. La perspectiva última sobre la que se cierra el libro no interesa sólo a la psicología. El narcisismo es el encanto y la desdicha de una parte importante de la cultura actual. Enfrentarse con un diagnóstico tan implacable como el que el autor nos ofrece resulta, cuando menos, un buen ejercicio de salud mental.

3. PSICOLOGIA HUMANISTA ⁴

Al presentar la psicología humanista en relación con el conductismo y el psicoanálisis, en su famoso artículo «La tercera fuerza en psicología» (1964), J. F. Bugental habla de «ruptura». Una ruptura cuya importancia compara con momentos estelares de la humanidad: el final del feudalismo, el descubrimiento de la electricidad o las hazañas de un nuevo Colón. Con igual o parecida desmesura se habían expresado poco antes A. Maslow («el mundo será psicológicamente sano») y C. Rogers: la nueva psicología llegará a conclusiones teóricas que serán tan sorprendentes para los psicólogos convencionales «como las teorías del espacio no euclidiano para los físicos». De ma-

⁴ Helmut Quitmann, *Psicología humanística. Conceptos fundamentales y trasfondo filosófico* (Editorial Herder, Barcelona 1989), *Biblioteca de Psicología 158*, 348 pp., 21,5 x 14 cms.

nera más pragmática, pero no menos ambiciosa, la AAHP se definía en sus *Articles of Association* como «la tercera rama fundamental del campo general de la psicología» y se asignaba como objetivo prioritario el tratar «ante todo las capacidades y potenciales humanos que no tienen cabida ni en la teoría positivista o conductista, ni en la teoría clásica del psicoanálisis». Al mismo tiempo se reconocía presente en la obra de un grupo de psicólogos (Golstein, Fromm, Bühler, entre otros), en parte de la obra de Jung y Adler y en las aspiraciones de la filosofía existencialista y fenomenológica.

Se da, pues, desde el principio del movimiento humanista una triple presencia de la psicología y filosofía europeas. Están, por una parte, los psicólogos activos y enfrentados con el conductismo que se alinean en forma más o menos clara en el propio movimiento. Están también los psicólogos cuya obra ejercía un influjo directo en la psicología humanista. Tal es el caso de Golstein, que falleció en 1965, y de la Escuela de la Forma, cuyos representantes más conspicuos habían emigrado a Estados Unidos. Está, finalmente, la reiterada apelación a la filosofía existencial y fenomenológica. ¿En qué medida este influjo múltiple se reflejó de hecho en la formulación de la psicología humanista? El interés principal de la obra de Quitmann reside en el examen concreto de esta recepción, que analiza tratando de aislar la presencia de la filosofía existencial y fenomenológica en una serie de autores representativos y sus aportaciones principales al conjunto teórico que suele tomarse como común a la psicología humanista. A esto dedica la parte central del libro (pp. 75-283).

Quitmann sitúa con razón a Golstein (pp. 77-88) como uno de los padres indiscutidos de la psicología humanista. El concepto unitario —holístico— del organismo, que será uno de los estandartes contra el conductismo, y la idea misma de autorrealización proceden sin duda de él. Pero

Golstein fue además y muy probablemente el mediador entre la nueva psicología y la Escuela de la Forma (con su adaptación de las leyes de fondo y figura, y de la buena forma) y la propia fenomenología en algunos casos. A él se remite Fritz Perls (pp. 89-117), tal vez el más complejo de los psicólogos estudiados, al menos en cuanto a las raíces de la terapia guesáltica.

En el caso de Rogers (pp. 129-77) las múltiples influencias constatables ofrecen un rasgo particular: Rogers se sirve, por decirlo de alguna manera, de ideas y percepciones ajenas a medida que va cristalizando su distanciamiento del conductismo y modifica sus propios puntos de vista. La clara influencia de Golstein, Rank y la fenomenología están, pues, filtradas por la propia experiencia de Rogers. La obra de Ruth Cohn (pp. 178-206) es mucho menos conocida entre nosotros. Emigrante judía primero a Suiza y después a Estados Unidos, su primera orientación psicoanalítica evolucionó «desde una práctica jerárquica y causalística a las proximidades de las corrientes humanistas» (cit. p. 196). A la formación de la «Interacción centrada en los temas» contribuyeron su formación analítica, la escuela de la Forma, Golstein, Perls y sus múltiples relaciones con movimientos terapéuticos alternativos. La presencia de Ch. Bühler en el movimiento se dejó sentir, entre otras cosas, en la importancia concedida al método biográfico.

Ninguno probablemente llevó tan lejos sus esfuerzos por dar una formulación teórica comprensible y coherente a la psicología humanista como A. Maslow (pp. 217-40). Su inicial pertenencia al conductismo le situaba en posición más respetable en el ambiente de la psicología académica. Hay en Maslow dos afirmaciones nucleares, que traducen a la vez su irritación contra el conductismo y el psicoanálisis: la concepción holista del ser humano y la importancia de las *experiencias cumbre*. Esta segunda idea va unida al aspecto transpersonal de la conciencia. Pero se

trata de una percepción más general. Maslow se niega a admitir que la normalidad de la persona tenga que establecerse por relación a lo a-normal, y que toda experiencia deba reducirse a otra inferior. No es sólo una protesta contra el estrechamiento del horizonte asignado a la persona, sino contra un modo simplista de explicar los procesos interactivos a base de una causalidad unidireccional.

Erich Fromm, que ocupa una posición especial y hasta cierto punto independiente, interesa a Quitmann sobre todo por ser el único que ofrece una interpretación social de la que careció la psicología humanista. «Si Fromm hubiese sido más conocido entre los psicólogos de orientación humanista de aquella época, hubiese podido colaborar de hecho a que la fundamentación teórica concebida en sus inicios como «tercera fuerza» hubiese sido más completa y sólida de lo que hoy encontramos» (p. 273).

Y, tras este recorrido, entramos en la recopilación que el autor ofrece en su obra (pp. 284-97). Si nos atenemos a sus orígenes y a los comprobados influjos teóricos que manifiesta, resulta claro que la filosofía existencial y la fenomenología europeas ofrecen «el fondo más importante para los conceptos de la psicología humanista» (p. 286). Pero los conceptos están reelaborados en función de las circunstancias inmediatas que afectan a la psicología humanista: el pragmatismo y la crisis del liberalismo de postguerra, y las propias preocupaciones burguesas de los años sesenta. En este punto la psicología humanista no parece ofrecer alternativa, a pesar de algunas formulaciones: el individuo es lo primero. Quitmann sugiere la necesidad de vincular la psicología humanista con posiciones políticas progresistas para evitar un uso alienante de la misma. Aquí no puedo seguir al autor: mi confianza en la política (aunque sea progresista) no da para tanto. Me parece importante tener presente el contexto en que ha surgido la psicología humanista y las

necesidades teóricas y prácticas a que intentó responder. Si la moda de la psicología humanista, y el sinfín de técnicas y terapias con ella relacionadas, se ha extendido en ámbitos inicialmente ajenos, ¿no será que las situaciones son muy parecidas en ambos contextos?

BERNARDO FUEYO SUAREZ